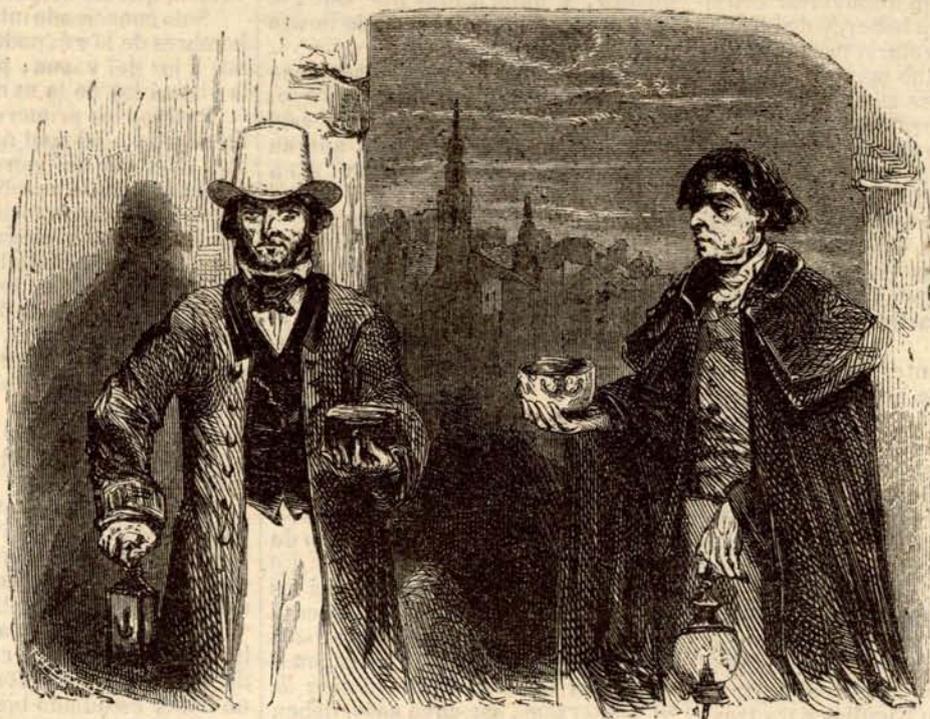


ALBUM PINTORESCO.



AYER, HOY Y MAÑANA (1).

Reservándonos para mas adelante el juicio que pensamos hacer de la obra que está publicando con tanto éxito el señor don Antonio Flores, con el título de AYER, HOY Y MAÑANA, damos á continuacion como muestra el cuadro que titula *La Ronda de pan y huevo*.

CUADRO CATORCE.

LA RONDA DE PAN Y HUEVO.

Sigue la noche, lector, y no te asombre; porque ya te dije que en las regiones de lo pasado el dia tardaba mucho en llegar.

Estaba encendida la antorcha de la civilizacion; pero ya habrás observado que las luces nuevas tardan mucho en tomar el incremento necesario para disipar las tinieblas. Sigamos, pues, á oscuras y no tengas miedo, que yo conozco el camino y te he de ahorrar muchos tropiezos.

No sé si has almorzado *detenedor*, cosa que entonces se usaba y no se decia, ni sé tampoco si has comido fuer-

te, ni menos tarde, pero por temprano que lo hayas hecho, no te apures, y sin detenerte á cenar, vénte conmigo.

Quiero suponer, y no me gusta la suposicion, que no tienes que comer; ¿crees por eso que vas á morirte de hambre?

Estamos, á Dios gracias, en España que no en Inglaterra, ni menos en Irlanda, y en nuestro pais, vuelvo á dar gracias á Dios, si no hay para cada Elias pobre un cuervo que le lleve un pan diario, hay diariamente muchas raciones de pan para los pobres.

Tú vénte conmigo, aunque sea en ayunas, que yo te prometo que no has de ayunar un solo instante.

Acuérdate, sin embargo, de que estamos en 1800, y no esperes que te lleve á ningun *buffet*, á donde puedas *dejeuner*, despues de pasar la *soirée* en un *raout*. Yo solo me comprometo á darte de comer, en el caso de que no tengas cosa mejor que llevar á la boca, un par de huevos y un cuarteron de pan. Y esto no en mesas á la rusa, ni trinchado por cocineros franceses, sino en la gran mesa redonda de la Providencia, y servido por los caritativos hermanos de la *antigua y Real de Nuestra Señora del Refugio y piedad de esta córte*.

Cuando tú estabas absorto viendo encender los faroles del alumbrado, han salido ellos á correr las calles de

la capital, cargados de pan y huevos cocidos, para socorrer á los necesitados.

Y no creas que ellos son algunos criados de la Hermandad, ni menos unos cocineros cualesquiera, sino los mismos hermanos, individuos todos de las primeras familias de la córte.

Y no creas tampoco que te arrojarán ese sustento como una limosna, sino que se llegarán á ofrecértelo con amor, en nombre de Dios, y rogándote que no hagas estéril su caridad. Caridad que, sea dicho de paso, tendrás tú por filantropia; aunque dudo mucho que ellos tuvieran tu filantropia por caridad, y en ese caso estais pata.

Tampoco quisiera que te se antojara creer que todos los hombres servian para entrar en la Hermandad, por solo el hecho de ser caballeros; los no sacerdotes, era preciso que fuesen *decentes, virtuosos y bien afectos* á obras piadosas, con otros mas requisitos de que seria prolijo enterarte y que tú comprenderás, apenas tropecemos con alguna *ronda* de las que el vulgo llama *de pan y huevo*.

Y para que no haga el diablo que vengamos por el cuartel opuesto al que ellos estén visitando, iremos al Refugio para ver cómo se preparau á la visita.

Un sacerdote y dos seglares son los tres hermanos que ha nombrado

(1) Esta obra se publica por entregas de 32 páginas en 4.º con grabados, á ocho cuartos entrega.

el mayor; y esos, acompañados de un criado que no dejará de llevar linterna, aunque la noche sea clara, y á pesar de los faroles, constituyen la ronda.

Al sacerdote le está prevenido el uso del *cuello*, y los seglares no podrán llevar montera, ni armas vedadas, ni trage indecente. El criado vigilará el cumplimiento de esa parte de los estatutos, como asimismo si sus amos se paran á conversar con alguien ó á comer ó beber, y de ello dará cuenta al secretario para que éste lo haga al hermano mayor.

Figúrate si ese cambio de papeles no es ya una garantía de humildad evangélica; pero sígueme y calla, que aun las has de ver mayores.

Reunidos en la enfermería al toque de oraciones y despues de rezar las de costumbre y de estatuto, para prepararse á las buenas obras que les tiene encargadas la Hermandad, se dirigen al cuartel designado para la ronda.

Examinan, antes de salir, los memoriales que han entrado en el *cepillo*, y disponen lo conveniente para que sean socorridas las necesidades de que en ellos se les da noticia.

Pero no siendo estas urgentes, se dejan hasta las primeras horas del nuevo día, y los diferentes veedores nombrados al efecto, practican esos ejercicios en las visitas de día. Por la noche solo pueden salir á visitar las rondas y los veedores de incendios, los cuales apenas tienen noticia de alguno, deben acudir al lugar de la desgracia, con camillas para transportar los enfermos ó los impedidos.

La ronda no va á cosa hecha, sino al acaso y precedidos del criado, con su indispensable linterna, salen del Refugio los dos seglares llevando en medio al sacerdote, con paso grave y á guisa de pontifical.

Sin alzar los ojos del suelo, pero tendiendo la vista á izquierda y derecha registran las plazas, cajones, mesones y zaguanes de las casas, animándose al divisar en lontananza una sombra cualquiera, que puede ser la de un guardacanton, pero que á ellos se les antoja ser la de algun pobre que necesita los socorros de la humanidad.

Si con efecto, no les ha engañado su piadoso deseo y tropiezan con un ser racional, que rendido del hambre y del cansancio, reposa en el dintel de una puerta, ó yace tendido en medio de la calle, reconócenle brevemente á la luz de la linterna, y le suministran los auxilios necesarios.

El criado, autómatas legítimos como todos los de su especie, apenas hace alto la ronda, mete la mano en el canasto de las provisiones y prepara una libreta y un par de huevos.

Los hermanos del Refugio rodean mientras tanto al desvalido, le examinan, le dirigen palabras de consuelo, y cuando se han persuadido de que no tiene otra enfermedad que el hambre, le entregan el alimento que les alarga el criado y siguen adelante su camino.

Si tropiezan por el contrario, con

un enfermo que no puede moverse ni tomar alimento alguno, el eclesiástico le exhorta á que piense en la salvación de su alma, y reunido en breve consulta con sus compañeros, acuerdan la traslación de aquel infeliz á la enfermería de la casa. Pero como podrian abreviarle la vida moviéndole sin el dictámen de un facultativo, corre el criado en busca de un cirujano, ó á ser posible, de un médico, y autorizados por este, le cargan sobre sus hombros y le llevan á la enfermería.

Allí le recibe el capellan semanal y le exhorta á que se confiese, pero si se niega á hacerlo, le está prohibido insistir en ello, y aun en ese caso, le dan cama y cena, si en estado de cenar se halla, y al día siguiente le trasladan al hospital.

La ronda vuelve á continuar su ejercicio, hasta haber registrado todo el cuartel, y cuando pasa por algun cuerpo de guardia y el centinela le da el *¿quién vive?* responde sin vacilar.—España.—¿Qué gente? vuelve á preguntar el centinela, y entonces dice, á voz en grito.—*La ronda de pan y huevo.*

Socorre y recoge sin distincion hombres, mugeres y niños, llevando á estos, si los halla perdidos, á casa de sus padres, y en el caso de ser espósitos, á la Inclusa.

No distingue en sus limosnas á los católicos de los hereges, y en el caso de hallar alguno de los segundos, solo les está prevenido que le *atraigan á entrar en la importante plática de su conversion*, en cuyo caso, deben alargar su hospedage en el Refugio todo el tiempo que fuere necesario.

Pero eso ya pertenece al interior de la casa, y como tenemos dispuesto un lienzo para pintar esa asociacion y otras muchas, inclusa la del *pecado mortal*, nada queremos decir ahora que no sea exclusivo de la ronda nocturna. Ronda que han debido envidiarnos todos los pueblos civilizados, y con especialidad los que hoy tienen tantos arranques de filantropía y de socialismo.

En España hemos dado siempre poca importancia á los nombres de las cosas, pero dificilmente habrá un pueblo en el mundo mas humanitario ni mas generoso.

Y tengan en cuenta, que lo era cuando menos lo parecia, porque precisamente uno de sus achaques de AYER, fué el de pregonar con los labios lo contrario de lo que sentia y practicaba su corazon.

¡HOY en cambio! ¡Cambio funesto! ha vuelto la oracion por pasiva, y se ha hecho mas amante de las palabras que de las obras.

¡MAÑANA!... Mañana será otro día y hablaremos.

Escusada seria la última parte de esta obra, si ahora me anticipase á revelaros lo que en ella me propongo deciros.

Lo que únicamente os diré es, que no habrá de seguro rondas de pan y huevo.

¿Y será porque falten personas que quieran salir á recoger á los ne-

cesitados, ó porque no haya quien necesite ser socorrido?

He ahí el gran problema que hemos de resolver.

Pero no en este momento, porque este momento le necesitamos para terminar el presente cuadro y aparejar el siguiente.

Sin el completo exámen de la sociedad que pasó, nos seria imposible apreciar la que está pasando, ni preveer la que ha de pasar.

Solo conociendo íntimamente á los hombres de la *FÉ*, podremos acercarnos á los del *VAPOR*, para seguir con la vista á los de la *ELECTRICIDAD*.

Pasaron los primeros como un sueño pesado, del cual no conservamos otra cosa que un ligero aturdimiento y una incesante zozobra; se van los segundos como un torbellino deslumbrador que nos ciega para que no veamos la esterilidad de sus movimientos, y se irán los últimos como un relámpago, cuya luz no deja ver las obras que ilumina.

Los hombres de 1800 nos legaron un feto; los de 1850 nos van á dar un aborto, ¿habremos de esperar un fenómeno de los de 1899?

El tiempo nos aclarará el misterio.

Pero el tiempo tarda mucho en pasar, segun dicen las gentes, y para verle sin que haya venido, es preciso observar el rumbo que lleva, y los materiales que ha recibido á bordo.

Ni antes, ni ahora, ni despues, ha habido efectos sin causas, y cuando no se adivinan estas, consiste en no haber estudiado bien aquellas.

Yo te ruego, lector, que no pierdas nada de lo que voy presentandote á tu vista, ni aun las cosas que te parezcan mas nimias y triviales, porque todas ellas sirven á nuestro propósito. Las que tú creas mas leves y mas sencillas, serán acaso las mas fuertes y las mas importantes.

El grano de arena que detiene el paso de una carroza, y decide el hundimiento de un puente, es la base de un edificio colosal, y el que cierra la brecha en la muralla.

La esperiencia te habrá enseñado, que no hay amigo inútil, ni enemigo despreciable, y yo te aseguro que aunque estos cuadros no están tan bien escritos como tú quisieras, y como yo deseo, en todos ellos has de hallar el germen de los venideros.

Por poco que pienses en lo que te digo, verás que tengo razon; pero para darte tiempo á meditarlo, te dispense de leer el cuadro próximo.

Entre la ronda de pan y huevo, y esta ronda de palabras que he hecho á su alrededor, se ha pasado la noche, y ya que estoy despierto tan de madrugada, voime á llegar un rato al vecino convento de frailes gerónimos.

Creo que no habrás hecho cosa por la cual te esté vedado pisar la clausura, ni mucho menos pienso que el Santo Oficio te haya declarado relapso; pero déjame llegar solo, y está seguro de que si viere alguna cosa notable, la pondré inmediatamente en tu noticia.

Si vivias y tenias uso de razon, veinte años atrás, habrás visto mas frailes de los que caben en el cuadro. Si no hubiese sido así, ¿cómo ha de ser! tampoco has alcanzado la dominacion de los árabes, ni los autos de fé, y sin embargo, pasas la vida sin echar de menos ninguna de ambas cosas. Pues di *pata* y échate á dormir á pierna suelta, que antes de que soplen esos vientos, corre á mi cargo el despertarte.

UNA VISITA A LA TUMBA

DEL BARON DE TRENK.

Habiéndome visto precisado á detenerme hace poco, todo un día en Bruen, visité el sepulcro del célebre caudillo de panduros, baron de Trenk, que se halla en el panteon propio de los padres capuchinos de aquella ciudad, á quienes el ilustre depositado habia hecho en su testamento la donacion de 4,000 florines (unos 32,000 reales vellon).

Hizo un día sumamente apacible y sereno, de manera que la sensacion de tristeza que naturalmente debia apoderarse de mí al penetrar por aquellos muros consagrados á la austeridad y retiro, fué doblemente profunda, considerándome trasladado á siglos remotos.

Muy complaciente el padre guardian me habia dado el permiso para visitar las cenizas de aquel esforzado militar, que por su genio marcial habia tomado tanta preponderancia en su esfera de accion. Dispuso dicho superior que me acompañara el sacristan, el cual tomando dos luces me hizo señal de seguirle. Bajamos por una oscura escalera para entrar despues en una galeria subterránea que nos condujo por fin al panteon del convento. A derecha é izquierda yacian tendidos sobre el pavimento desnudo, y sin ataud, cadáveres de religiosos de aquella orden. No presentaban estos, empero, el aspecto de esqueletos, pues mas bien se me figuraba ver unas verdaderas momias; y el hábito burdo ya medio deshecho por los siglos en alguno que otro cadáver, parecia aun hacer las veces de un velo. Es imponderable el hondo estremecimiento y estupor que se apoderó de mí al contemplar aquel triste cuadro, y al marchar por en medio de aquellos restos humanos; conté mas de cincuenta cadáveres.

Por fin vinimos á dar con tres féretros reunidos, de los cuales el del medio tenia unas dimensiones disformes, y como tuviera presente los seis pies y tres pulgadas que midió el difunto baron, comprendí al instante que éste seria su lecho póstumo. Abierta ya la caja, vi los restos de ese hombre que siempre me habia inspirado un interés especial, y si se esceptúa la cabeza, era el resto del cuerpo mas bien una momia que no un esqueleto. Bien pude distinguir

sus formas casi gigantescas; tenia los brazos cruzados sobre su pecho. Falaban algunos huesos del cuello, de manera que pude coger entre mis manos la cabeza; todo lo restante estaba bien conservado. Los demas cadáveres en comparacion del suyo parecían como de niños.

Hace diez años, me dijo el sacristan, que no se ha abierto la caja, y entonces lo fué en presencia de un descendiente cercano del baron de Trenk. Junto al refectorio vi todavia su retrato, no indicándome á la verdad cosa extraordinaria en su rostro. El cabello empolvado segun la usanza de aquel tiempo, y la carencia de barba, hasta me hizo dudar de si este retrato presentaba un coronel de Panduros; pero los gefes superiores de su tiempo iban todos así.

Despedime de los pacíficos moradores del convento, los cuales me habian dicho que todos los días se decia una misa por el ilustre difunto, y aun cuando sali de aquellos muros algo afectado, pude por fin desechar de mi mente la lúgubre impresion, hasta que por la noche me la reprodujo un sueño, durante el cual me ví otra vez con Trenk y todos sus compañeros de eterna paz.

EL BAÑISTA DE DIEPE

POR

ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

—¡Oh, exclamó ella juntando las manos con dolor, si él me hubiese dicho eso, si hubiera podido decírmelo! Pero Dios no lo ha permitido, continuó sollozando.

Rodolfo de Nanteuil se enterneció, no porque en las fibras intimas del joven hubiera un gran fondo de amor ó de piedad para aquella admirable criatura, cuyo valor no podia comprender, sino porque en una muger hermosa que llora hay siempre una gracia tan interesante, que los hombres mas vulgares se conmueven á la vista de semejante espectáculo. La palidez de lady Southwel, que era la señal mas distintiva de su persona, se habia hecho mas interesante en aquel momento por el desorden de sus largos cabellos, que caian sobre sus mejillas como los pliegues negros y lisos de un velo. Evidentemente aquella noble muger habia llorado; su piel, jaspeada de manchas moradas, parecia conservar el sello de sus lágrimas. Apoyada en una gaveta, cuyos cajones abiertos estaban llenos de cartas y papeles, habia dejado apagarse su bugia al lado del ramo de baile que llevaba la vispera, y cuyas flores estaban marchitas.

El baron la contemplaba con la satisfaccion secreta que da la seguridad de una victoria. Enamorado hacia dos años de aquella angelical criatura, que habia conocido primero en el magnifico palacio del comodoro en Portland-Place, envidiada, solicitada por

la aristocracia de Londres, cortejada sobre todo porque sir Southwel se habia visto obligado á dejarla al día siguiente de su casamiento para ir á desempeñar un mando de importancia en las Indias, Rodolfo de Nanteuil la habia vuelto á encontrar en las aguas de Spá abandonada por su esposo, sin mas compañía que sir Roberto, su pariente, ni mas criado que Harry, su camarero. La incomparable hermosura de la inglesa habia hecho en el baron una impresion profunda, y arrastrado del deseo de agradarla en todo, se habia impuesto el sacrificio de renunciar á sus menores caprichos. Ya no fumaba, ni jugaba, ni montaba á caballo; en una palabra, solo se habia mantenido fiel á uno de sus placeres: la sala de armas. Esperito en el juego de la esgrima, habia creído que hacerse el caballero y el paladin de aquella muger disputada, pero pura, era abrirse un camino natural en su entendimiento antes de llegar á su corazon. Una estocada que habia dado por ella en Spá en ocasion en que el honor de lady Southwel estaba comprometido, le habia valido una carta de ella en respuesta á la declaracion mas apasionada. Esta carta, dictada por la emocion de las circunstancias, dejaba esperar al baron que podria invocar un día derechos á la mano de la que habia protegido tan noblemente; pero el plazo que se le designaba era vago, lejano, porque durante la vida del comodoro, lady Southwel, como ya hemos dicho, aunque separada por la ley, queria seguir siendo su esposa. Rodolfo de Nanteuil habia conservado aquella carta, y por lo tanto la presentó como un título real, un crédito valdero, á la que tal vez lo habia olvidado.

—En semejante caso he creído que no podia hacer cosa mejor que ponerlos á la vista vuestra propia palabra. ¿Qué podeis temer? ¿No tendreis tiempo de estudiar nuevamente en los diez meses que durará vuestra viudez el carácter del hombre que piensa unirse á vos por toda la vida? ¡Ah! Si dos años no han bastado para ver todo el amor y cariño que encierra este corazon, grande es mi desgracia, señora, porque no amo á nadie mas que á vos, y creia haberos dado la prueba de ello.

Rodolfo continuó suplicándola con ese aire de sinceridad que tan buenos resultados le habia producido respecto de otras mugeres. El baron era joven, bien formado, un héroe indisputable de club. Lady Southwel devolvió su carta á Rodolfo de Nanteuil diciéndole:

—El porvenir me espanta, señor. ¡Sin ser culpada, he traído ya el luto y la desgracia sobre la vida de un hombre; tentar al cielo otra vez es imprudente; no creo que pueda yo hacerlos jamás venturoso!

La manera noble y digna con que lady Southwel pronunció estas palabras, y mas todavia, la amargura de su sonrisa, confundió por un instante á Rodolfo de Nanteuil; iba á replicar, cuando la voz de sir Roberto y

la del capitán Rook resonaron en la escalera.

—Vais á saber á punto fijo lo que debéis temer ó esperar, replicó el barón, porque estos señores salen del interrogatorio del procurador del rey.

Un temblor convulsivo se apoderó de lady Southwel, el sudor inundó sus sienas; cualquiera hubiera dicho que ella era también culpada.

—¿Qué hay, sir Roberto? dijo ella dirigiéndose con preferencia á su pariente, á quien seguía el capitán.

—Señora, respondió sir Roberto, los rumores infames con que algunos miserables se atrevían á acusaros se han desvanecido como el humo con las respuestas del bañero Langlois. El pobre diablo no ha podido explicar por qué se ha encontrado mojada su ropa y de dónde procedía el dinero que se halló en su bolsillo; pero tampoco ha podido disimular su odio al comodoro, odio que data de trece años, y del cual no hizo por cierto ayer misterio alguno delante de nosotros, cuando estábamos sentados á la mesa en la fonda.

—Y va á ser encerrado en el Castillo Fuerte, añadió el capitán Rook.

—Eso es horroroso, exclamó lady Southwel; no se debe dejar condenar á un inocente.

—El bañero no ha podido probar su coartada, replicó sir Roberto. Se le ha visto pasearse por éste lado, y se le ha oído pronunciar el nombre del comodoro Southwel. En vano ha protestado su inocencia: nadie más que él ha podido cometer el asesinato.

—Insisto en creer, replicó lady Southwel, que ese hombre está inocente. Dejadme que le pregunte. Conducidme delante de sus jueces.

—Es demasiado tarde, y además, esto aumentaría las sospechas contra vos misma. ¿No teneis bastante todavía con vuestra desgracia, y quereis intervenir en el proceso de un marinero? Creednos, señora, añadió sir Roberto, tened un poco de calma, estamos dispuestos á complaceros en todo; el mismo capitán Rook, aunque haya sido enemigo constante del comodoro, aprecia tanto como nosotros la generosidad de vuestro corazón.

—De cuantos han intercedido en favor de Langlois, añadió sir Roberto, el doctor Bernard es acaso el que más ha hecho en su defensa.

—¿El doctor?

—Sí; llamado delante del procurador del rey, ha hecho valer sus largos años de servicios. Hace diez años que este hombre está dedicado á los enfermos que concurren á estos baños. A pesar de ser yo un verdadero inglés, no he podido menos de conmoverme, y he apretado fuertemente el brazo del capitán Rook, al oírle decir á los fusileros de la guarnición: «Os sigo, pero voy por otro.» Y sin embargo, ¿qué otro hubiera podido?.....

El ruido de la puerta ligeramente empujada interrumpió esta frase de sir Roberto, y se vió aparecer al doctor Bernard vestido con más esmero

que de costumbre. Guantes amarillos lustrosos, una corbata blanca, medallas de seda y un bastón con borlas de oro anunciaban más bien á un hombre que sale del baile que de la oficina del procurador del rey. Tomó el brazo de lady Southwel, se puso á escuchar, reloj en mano, los latidos de su pulso, y pidió pluma y tintero para escribir una receta.

—Os dejo con el doctor, dijo Rodolfo al oído de lady Southwel mientras Bernard escribía y sir Roberto hablaba con el capitán en el rincón del cuarto; os suplico que reflexionéis y no me obligueis á tomar un partido que acaso os sorprendería.....

—¿Cuál? preguntó lady Southwel con voz conmovida.

—Esta noche vendré á deciroslo, añadió Rodolfo alejándose precipitadamente.

Ella estaba tan débil, que no tuvo fuerzas para contestarle.

Sir Roberto y el capitán acababan de salir. El cutter de este último debía darse á la vela dentro de algunas horas conduciendo el cadáver del desgraciado comodoro.

(Se continuará.)

CEREMONIAL

DE LA JURA DEL REY DON FERNANDO VII.

(Continuación.)

Desde el dosel hasta la credencia se ocupó por los capellanes de honor, y delante de estos estuvo la silla y sitial para el eminentísimo cardenal de Toledo celebrante, y junto á él los ministros del pontifical, como se ha dicho. Al lado del Evangelio y cerca del altar, estuvieron los prelados en su banco: más abajo y frente del dosel el eminentísimo cardenal patriarca: en la misma línea y con algún claro el nuncio, con silla y un banquillo delante, á quien siguió el príncipe Rafadale, embajador de Nápoles, pues los demás embajadores y ministros asistieron de convidados en las tribunas para ver el acto de la jura.

Entre el cardenal patriarca y el nuncio se hallaban los mayordomos de semana en pie; detrás del banco de los prelados ocuparon el suyo los ministros del consejo y cámara, secretario de la cámara y escribanos mayores de las cortes; los cuatro reyes de armas estuvieron en la parte superior de las gradas del tablado, dos á cada lado, y los cuatro maceiros en las gradas inferiores del mismo modo.

Los grandes estuvieron en el cuerpo de la iglesia, en su banco al lado de la Epístola, y detrás los gentiles hombres de casa y boca; en seguida de los grandes se veían los títulos de Castilla en su banco, siendo el primero el ilustrísimo señor conde de

Campomanes, por la razón que queda espresada.

Al lado del Evangelio, frente de los grandes, se colocó el banco de los prelados, á donde bajaron concluida la misa; y á continuación de este, frente de los títulos, los procuradores de las ciudades y villas, escepto Toledo, que se pusieron al fin de las dos filas en medio, frente del altar mayor; y por último, los dos alcaldes de corte en pie detrás del banco de los procuradores de Toledo.

Dió principio la misa solemne concurrendo la música de la real capilla. El eminentísimo cardenal patriarca asistió al rey para rezar la Confesión, y los capellanes de honor á los prelados, é igualmente á las incensaciones y demás actos del ceremonial; los pages del rey salieron con hachas de cuatro pávilos para el Evangelio y el *Sanctus* hasta consumir; los mayordomos de semana, sirvieron al prelado celebrante el aguamanil, después de leído el Ofertorio, al *Lavabo*, y después de consumir y al desnudarse, todo según costumbre en la real capilla.

Concluidas las Colectas dió el cardenal celebrante la bendición episcopal, publicando antes las indulgencias el asistente mayor; luego S. E. pasó á leer el Evangelio, volviéndose en seguida á su sitial para concluirlo; después los ministros asistentes le quitaron la casulla y las antofías, volviéndole á poner el pectoral, y tomando el pluvial se entonó por la real capilla el *Veni Creator*, y finalizado, colocaron los pages de su eminencia una silla sobre la tarima y delante el sitial; se sentó su eminencia sobre el almohadon del sitial, pusieron los ayudas de oratorio el misal abierto y un crucifijo encima. Mientras esto se preparó fueron bajando los prelados al cuerpo de la iglesia, y se sentaron en el banco que les estaba prevenido, y luego que todos estuvieron colocados según correspondía, enteró de ello el maestro de ceremonias de la real capilla, don Francisco Tabares, al rey de armas más antiguo, don Julian Brochero, para que diese principio al acto, y en su consecuencia dijo en alta voz lo siguiente:

«Oid, oid, oid la escritura de juramento y pleito homenaje que el señor infante don Antonio Pascual y los prelados, grandes, títulos y caballeros y procuradores de las ciudades y villas de voto en cortes que están aquí presentes, hacen al serenísimo y muy esclarecido príncipe de Asturias, nuestro señor, como hijo primogénito y heredero del católico rey don Carlos IV, nuestro soberano señor, y de la reina nuestra señora doña Luisa.»

(Se continuará.)

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.